

CRONICA UNIVERSITARIA

LA EMBAJADA UNIVERSITARIA AL BRASIL

Conforme a lo acordado tras diversas conversaciones entre los señores rectores de las Universidades de Río de Janeiro y de Córdoba, doctores Raúl Leitao da Cunha y Sofanor Novillo Corvalán, respectivamente, se realizó en el mes de julio próximo pasado, la visita de una delegación universitaria cordobesa a la capital carioca.

Integraron la embajada que envió nuestra Universidad, además de su rector, los decanos de las Facultades de Derecho e Ingeniería, doctor Enrique Martínez Paz e ingeniero Julio de Tezanos Pinto, el vice-decano de esta última, ingeniero Carlos A. Revol y los profesores doctores Horacio Valdés, Juan Martín Allende, Alberto Urrets Zavalía, Gregorio N. Martínez, Oscar Orías y Gumersindo Sayago.

Los universitarios cordobeses fueron objeto de agasajos especialísimos en Río de Janeiro por parte de sus colegas brasileños, siendo el acto magno efectuado en su honor el que se realizó en la Academia Nacional de Medicina, en el que hablaron su presidente doctor Aloyso de Castro y los doctores Leitao da Cunha y Novillo Corvalán.

El discurso pronunciado por el doctor Sofanor Novillo Corvalán es el que a continuación transcribimos:

“Una Universidad del interior de la República —la más antigua de sus hermanas— trae por mi intermedio y por el de un núcleo destacado de sus profesores, su mensaje de fraternidad de raza y de cultura. Es la Universidad de Córdoba, fundada por aquel obispo preclaro que se llamó Hernando de Trejo y Sana-

bria, nacido, acaso, en vuestra tierra ardiente y generosa, y capaz por eso, de la portentosa empresa de fundar una casa de ciencias divinas y humanas, hace trescientos veinticuatro años, en el corazón del Virreinato del Río de la Plata, cuando las aldeas españolas tenían una población insignificante, nutrida por la tierra áspera y la luz del Evangelio, mientras rugían en su torno el desierto bravío o el autóctono indomable. Es una universidad que tiene el perfume de las cosas antiguas y el aire fresco de las cosas renovadas. Dió teólogos y evangelizadores en los años próximos a su alumbramiento que difundieron esa levadura religiosa sin la cual ninguna organización social y política se vuelve imperecedera y justa. Puso sus estudios al amparo de una protección divina. Sometió a sus escolares a esas pruebas severas que se llamaron Parténicas e Ignacianas y dió tan extraordinaria significación a sus grados, que hizo pasear a sus doctores en la víspera de su consagración, por las callejas tortuosas y quietas, al son de atabales, para la admirativa adhesión de las gentes.

Renovó sus estudios en los albores de la independencia, en 1813, bajo el pensamiento creador de otro hombre extraordinario que vestía traje talar como su fundador —el deán de su Catedral y abogado de Alcalá de Henares, doctor don Gregorio Funes— que mantuvo encendida la lámpara de la cultura cristiana, pero que abrió grietas en sus muros para que penetrasen la máquina neumática y los microscopios, y la filosofía de Descartes, Leibnitz y Locke, mientras propugnaba por la fundación de un derecho acomodado a la nación emancipada. De esa segunda etapa salieron hombres que dieron la organización constitucional a la República en 1853 y su codificación civil en 1871 por obra de Dalmacio Vélez Sársfield, hermano en el derecho de vuestro genial Teixeira de Freytas, cuyo proyecto de código para el Imperio del Brasil, fué un modelo de sabiduría jurídica, y de vuestro glorioso Clovis Bevilacqua, cuyo código en vigor para vuestra República, tiene la transparencia y simplicidad de las cosas acabadas, digno por su ciencia del germano, superior, por su técnica, al helvético.

Hoy ya no se oye en los claustros de la Universidad de Cór-

do, la voz del cancelario distribuyendo los graves temas para el estudio y los exámenes; ni pasea su figura enjuta, flagelada por la meditación y el recogimiento, el disciplinado educando; ni los doctores son llevados procesionalmente por las calles, ni besan la frente del padrino, después de jurar en viejas fórmulas latinas. Sus bóvedas se han poblado de otras voces, y ha abierto institutos de investigación científica y escuelas donde se enseñan las más modernas especialidades; pero no ha roto su tradición, ni abjurado de su viejo espíritu. Desgraciados los pueblos o las instituciones que tuercen el curso de su historia, desdeñando el agua limpia de sus vertientes. Combinando la tradición y renovación: universalidad y modernidad, glorifica a su pasado y sirve a su tiempo.

En nombre de ese sentido humanista venimos aquí, si no fuesen bastantes títulos, afanes comunes de cultura y antecedentes de historia y de raza.

La civilización industrial ha abierto rutas de comunicación acelerada que ponen en contacto inmediato pueblos y pueblos, centros de producción y mercados de consumo. Nuestras cancillerías han hecho algo más: han aproximado los entendimientos y muerto las suspicacias y los celos; hemos proclamado el triunfo del derecho —que no debe ser una fórmula abstracta, sino una norma ética de conducta en las relaciones internas como en las exteriores— al someter a árbitros nuestras diferencias y acatar sus laudos; hemos regulado el desenvolvimiento de nuestros intereses económicos por convenios razonables; un afán de paz continental nos ha llevado a rever nuestros textos de historia y geografía para suprimir toda alusión molesta a personajes o acontecimientos y los hemos vertido al propio idioma para su difusión más corriente. En tan noble empresa hay actores del pasado que la mente evoca en función de historia inmortalizándolos y figuras de la escena contemporánea que continúan la noble estirpe de presidentes, cancilleres y embajadores eminentes. El nombre de todos ellos —el de los vuestros y el de los nuestros— está en el corazón y en los labios de todos; pero excusadme de una mención egoísta: hijos de Córdoba son nuestro embajador

de ayer y nuestro embajador de hoy: Ramón J. Cárcano, que es ya un trozo de historia patria: diplomático cuya prestancia no se la confiere la investidura, sino el señorío del espíritu; investigador sagaz de nuestro pasado y escritor sentencioso y ágil; gobernante que hizo progresos extraordinarios en su provincia y tuvo profética visión de estadista; concedor y animador de nuestras industrias agropecuarias y devoto de toda belleza; Julio A. Roca, verdadero lord que podría, por sus principios democráticos, sentarse en la Cámara de los Comunes; dueño de tanta dignidad personal que, sabiendo que lleva gloria paterna sobre sus hombros ha hecho la propia, tan rica como la heredada, merced a una cultura integral que lo hace ser tan ecuánime y seguro en el juicio, como elegante en la conducta y armonioso y medido en la palabra. Consejero cuya rectitud de juicio no quiebran ni el temor, ni el interés, ni la lisonja, es también un cultor del ocio latino que lo lleva a regustar a Shakespeare, a familiarizarse con las letras de la dulce Lutecia o a traducir a Shelley, cuando no a mostrar, en sobrio lenguaje, toda su rica sustancia.

Intentamos nosotros, ilustre señor Rector, dignísimos señores profesores, completar la obra de los tratados que regulan intereses; de los arbitrajes que dirimen querellas; de los pactos que aproximan inteligencias y de los grandes embajadores que se esfuerzan en una concordia imperecedera, poniendo en contacto culturas con culturas, es decir, desinterés con desinterés; fondo humano común que los hombres han hecho borroso, acentuando fronteras de razas, de nacionalidades y de ideologías.

El hombre está hoy ayuno de tolerancia. Toma una postura en la vida que por su firmeza e invulnerabilidad parece una fortaleza. Están más armados los espíritus que los ejércitos y parecen más agresivas las ideas que los cañones. Las viejas avenidas por donde circulaban las gentes haciendo posible la comunión de la vida dentro de la variedad de las ideas, están cerradas. Se han abierto senderos estrechos por donde marchan hombres que no tienen a su frente hermanos, sino enemigos. Parecería que la historia quisiese hacer revivir, aplicados a todos los órdenes de la vida, los tiempos del Islam en que se invocaba la

santidad de la guerra para perseguir a los infieles, pues los apóstoles y soldados de las nuevas causas las abrazan con tal ardor que no buscan en su adversario sino la disyuntiva de la absorción o el exterminio.

Dentro de ciertos Estados la coexistencia de las divergencias del espíritu y la mente no es posible, y los vencedores han olvidado por entero la magnanimidad con los vencidos.

¿De dónde proviene esta intransigencia en que se debate la humanidad?

¿Tan malos han sido y son los sistemas políticos, las organizaciones sociales y económicas que la reacción se ha vuelto tan violenta? ¿Ejerce realmente un poderío tan aplastante sobre el mundo la civilización industrial, materialista y mecánica que el espíritu se ha levantado en defensa de sus fueros? ¿Las técnicas han creado realmente hombres en serie haciéndoles perder su "unicidad", su personalidad, como lo cree Alexis Carrell, volviendo imposible la belleza de la iniciativa, divino placer de la creación individual?

Indagar la etiología de los males sociales vuélvese, a veces, más difícil que averiguar el origen de las enfermedades del hombre; pero cuando no es posible conocer ni extirpar sus causas, obra digna es atenuar sus efectos.

Estamos frente a un hombre crudamente desintegrado, cuya mente arde en presencia de su ideal y cuyo corazón sólo se estremece en su servicio. Está en agonía o ha muerto ya el equilibrio interior, la armonía del espíritu, el humanismo pleno.

Y nada sería que este incendio de las almas al servicio de ideales exclusivistas fuese un fenómeno de autosugestión personal por extendido que estuviese: lo grave es que los gobiernos con todo su poder y las instituciones con su prestigio proclaman su excelencia, lanzan su anatema contra sus enemigos o sus desertores.

Sólo el retorno a un auténtico humanismo puede remediar esos males; y ningún instrumento parece más adecuado para lograrlo que las universidades de América por un contacto de sus profesores, de sus libros y de sus centros de investigación. El

contacto lleva a la comprensión; la comprensión a la simpatía o a la tolerancia; singularmente en países como los nuestros, no trabajados por viejas querellas de historia y de raza, cuyas instituciones no tienen la decrepitud que opera su ejercicio prolongado faltos de esas urgencias que imponen la angustia territorial o la población excesiva o las fuentes exhaustas de la producción.

En cuanto a Brasil y Argentina, nacieron de un antagonismo lo hace notar nuestro ex-embajador Cárcano —España y Portugal, el tratado de Tordesillas, la bula papal— y han terminado en una solidaridad, porque cuando nuestra historia no ha sido concurrente, ha sido paralela. Hasta nos armamos juntos en episodios de hermanos que ya hemos olvidado.

Ni siquiera nos separa la competencia de idénticos productos, ni la de naturalezas parecidas. Frente al oro de nuestros trigos, ostentáis vosotros la “ola verde” de dos millones de hectáreas de café; a nuestras lanas y carnes oponéis vuestro cacao, vuestro tabaco y vuestra yerba mate.

A la pampa argentina que es una realidad, vuestros bosques que son un misterio; a la obra artificial del hombre, vuestro paisaje maravilloso, que es una antesala del Paraíso. Y en otro orden de ideas, a nuestras formas democráticas, vuestros modales cortesanos, al tipo standard de una República, el vástago señorial de un Imperio.

Un norteamericano ilustre, Jefferson, soñaba en una era en que los intereses dejaran de ser locales para ser universales. No es menester ir tan lejos para alcanzar nuestro propósito. Es habitual en los hombres superiores que han llegado por la cultura al dominio total de sus facultades y al adormecimiento de sus instintos y pasiones sentirse como despegados de su tiempo y del espacio y, poseídos de una especie de sentido cósmico, concebir la posibilidad de una patria universal. Pero éstas son exaltaciones líricas del pensamiento que, estando movido por una noción mística o panteísta, desearía ver rotas entre las naciones todas las barreras: las que puso Dios y las que crearon los hombres. No. Hay más belleza y realidad en la variedad que en la uniformidad, y parece más acomodado a la conciencia individual y so-

cial y a la responsabilidad —que es un incentivo de elevación intelectual y moral— que cada uno llene su destino, cargando con su gloria o con su cruz.

Però entre el aislamiento que genera prejuicios y la utopía de una República universal, hay la aproximación y la comprensión que debe ser el ideal humano o que puede, por lo menos, ser el ideal americano. Ya un argentino ilustre, Joaquín V. González, decía, saludando a Leo S. Rowe: "Creo que el acercamiento de los hombres y los pueblos entre sí es la mejor política para fundar en la tierra un reino posible de paz y de justicia". Y la Sociedad de las Naciones, urgida, acaso, por esa angustia que debe padecer al ver frente a sus propósitos nobilísimos su logro tan precario, expresa su pensamiento en un libro reciente, favorable al entendimiento de los pueblos, por medio de su juventud, recogiendo y publicando lo que las naciones de Europa han hecho en materia de intercambio de estudiantes.

Acaso al viejo continente se le presentan graves inconvenientes para alcanzar ideal tan generoso, pero nosotros lo lograremos si persistimos en aplicar esta política de contacto sistemático, porque en América todo nos es propicio, desde los antecedentes de paz, que sólo sufrieron eclipses fugaces, hasta la identidad o semejanza de idioma, desde la unidad étnica hasta la fuerza moral y el vigor físico de un continente nuevo, pero orientando la cultura hacia el desarrollo del hombre pleno, alimentado de una sustancia universal, de esa que le hace ser diverso en su destino, sustancia que no es sino la expresión de su fraternidad de origen y que, cuando no sea capaz de crear el amor y el dolor comunes, suscite, por lo menos, entre todos, el respeto, la tolerancia, la misericordia y el perdón.

Señores: yo sé cómo compartís estas ideas y estos ideales, no sólo porque un hogar universitario hermana a los espíritus que se congregan en su seno, no sólo porque la ciencia es la única planta que no es extranjera en ningún país civilizado y bajo su capa cordial se sienten solidarios sus modestos y sus grandes cultores, sino porque vuestro país tiene, como pocos, un rancio abolengo de cultura, un humanismo que han cultivado las más

esclarecidas figuras de vuestra historia, desde Pedro II en el Imperio hasta una multitud de gobernantes, médicos, juristas y poetas de la República. Así habréis respondido por otra parte, al extraordinario favor que os hizo Dios al daros por destino un país del ensueño”.

ACTOS ACADEMICOS DE LA FACULTAD DE DERECHO

Durante el corriente año de 1938, con motivo de la entrega a los ex-alumnos de la Escuela de Abogacía del título de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, se realizaron los actos académicos que se detallan más abajo, los que, presididos por el señor Rector de la Universidad, y con la asistencia del señor Decano, profesores de la casa y numerosas familias, alcanzaron un gran lucimiento:

3 de Agosto: El señor **Rafael Moyano Crespo**, quien presentado por el Dr. Luis G. Martínez Villada con el tema “Democracia y Orden Político”, habló sobre “Dos concepciones actuales del Estado”.

20 de Agosto: La señorita **Elisa Ferreyra Videla**. El Dr. Raúl A. Orgaz presentó a la graduada con el tema: “Las Fuentes Filosóficas del “Facundo”. La graduada habló sobre “Necesidad de una economía dirigida”.

6 de Octubre: El señor **Raúl Bustos Fierro**, presentado por el Dr. Raúl A. Orgaz con el tema: “Las ideas sociales argentinas: la iniciación intelectual de Vicente Fidel López”. El graduado habló sobre: “Una nueva edad pagana”.

7 de Octubre: El Dr. **Henoeh D. Aguiar** presentó al señor **Lisardo Novillo Saravia** (hijo), con el tema: “Los hechos ilícitos en el proyecto de reforma”, hablando en seguida el graduado sobre: “La causa — Error sobre la causa”.

28 de Octubre: El señor **Eduardo Martínez Carranza**, que fué presentado por el Dr. Pedro León con el tema: “La regla “nemo auditur...” en el proyecto de Reforma”, habló sobre “Res-

ponsabilidad por el hecho de las cosas inanimadas en el Proyecto de Reformas al Código Civil”.

29 de Octubre: El señor **Enrique Saravia**, quién presentado por el Dr. José Manuel Saravia con el tema: “Algunos aspectos de moral internacional”, habló sobre: “Las doctrinas de la propiedad frente a la persona humana”.

31 de Octubre: El Dr. Carlos Pizarro Crespo con su conferencia sobre “El orden político medieval”, presentó al graduado señor **Ricardo Smith**, que habló sobre el siguiente tema: “La dogmática jurídica en la historia del derecho”.

2 de Noviembre: “Presentado por el Dr. Henoch D. Aguiar con una conferencia sobre “Prescripción de saldos personales después de la venta del bien hipotecado”, el señor **José A. Buteler** habló sobre “La llamada sentencia constitutiva en el Proyecto de Reforma”.

4 de Noviembre: El graduado señor **Carlos Castellanos Garzón** habló sobre “Las relaciones entre el Derecho Internacional y el Derecho Interno”. Fué presentado por el Dr. Carlos Pizarro Crespo con el tema: “La conspiración en el Código Penal Argentino”.

9 de Noviembre: El señor **Pedro Guillermo Altamira**, que habló sobre el tema “Responsabilidad extracontractual del Estado”, fué presentado por el Dr. Benjamín Cornejo con su conferencia “Reflexiones sobre la economía dirigida”.

12 de Noviembre: El señor **Ricardo Núñez**, presentado por el Dr. Sebastián Soler con el tema “Causas legales de justificación y de inculpabilidad”, habló sobre “El delito como instituto jurídico”.

18 de Noviembre: El profesor Dr. Santiago Beltrán con su conferencia sobre “Exposición en contra la teoría que sostiene el código único”, presentó al graduado señor **Eufrasio R. Loza**, quien habló sobre “La ley argentina de quiebras y el derecho internacional privado”.

7 de Diciembre: El señor **Federico Ruiz Moncada**, que habló sobre “Ejecución de sentencias extranjeras”, fué presentado por

el Dr. José Zeballos Cristobo con el tema “El Congreso de Ciencias Procesales”.

17 de Diciembre: Al señor **José Inaudi** lo presentó el Dr. Luis Eduardo Molina con el tema: “El contralor político de la prensa como función reguladas por las provincias”. El graduado habló sobre “Fundamento de la fuerza obligatoria de los contratos”.

20 de Diciembre: El señor **Enrique F. Carranza**, que fué presentado por el Dr. Alfredo Poviña con la conferencia “Espíritu objetivo y realidad colectiva”, habló sobre “Naturaleza jurídica de los derechos de autor”.

24 de Diciembre: El señor **Agustín Díaz Biale**t, presentado por el Dr. Santiago F. Díaz con la conferencia “Capítulo sobre historia de la ciencia política argentina en la Universidad de Córdoba”, habló sobre “Fundamentos jurídicos del estado corporativo”.

EN EL COLEGIO NACIONAL DE MONSERRAT

Celebración del aniversario patrio. — Entrega del premio Duarte Quirós

Concordante con la celebración del aniversario patrio, tuvo lugar en la mañana del 5 de julio en el Colegio Nacional de Monserrat, la fiesta anual en la que se hace entrega del Premio “Duarte Quirós” al mejor alumno del instituto correspondiente al año anterior.

Con tal motivo una numerosa concurrencia se hizo presente en el colegio para asistir a la simpática ceremonia. Presidió el acto el señor Rector de la Universidad doctor Sofanor Novillo Corvalán, asistiendo las autoridades del Colegio, su cuerpo de profesores y el alumnado.

Se inició el acto con la ejecución del Himno Nacional que fué coreado fervorosamente por toda la concurrencia. A continuación hicieron uso de la palabra el rector del Colegio Ing. D. Rafael Bo-

net, el profesor Dr. Raúl A. Orgaz y el estudiante premiado señor Pedro J. Frías hijo, quienes pronunciaron los discursos que a continuación se transcriben:

Del Rector Ing. Rafael Bonet

Esta noble función de dirigir y educar a la juventud, adquiere en nosotros un valor espiritual de tal naturaleza, que llega en la virtud de su excelencia, a crear en nuestro ser, en nuestro modo íntimo un puro y delicado sentimiento que se traduce en un fervor heroico en la obra serena y permanente. Ello está: exigiendo en cada uno de nosotros una total consagración al deber, sin egoísmos, con profunda convicción de padre y maestro. Vienen hacia nosotros las horas embellecidas en el ininterrumpido diálogo de maestro y alumno; maestro que debe sentir la vocación como destino imperecedero, y alumno que debe llegar transparentando el sueño de un ideal de formación integral de su intelecto.

Este estado privilegiado del maestro, sólo se consigue cuando todo su ser se mueve sin esfuerzos contrarios hacia el centro del mundo del niño, y es al mismo tiempo atraído por él; mundo transparente donde la expresión divina alcanza a corporizarse a su propia imagen y semejanza. Mundo en pequeño al cual el signo biológico está determinando su evolución al influjo de todas las fuerzas y emulaciones que sobre él actúan; mundo donde los panoramas de la vida se reflejan, penetran y adquieren forma, a veces trascendentes, según la intensidad y permanencia de sus manifestaciones; mundo de emociones que se vierte en lágrimas espontáneas ante el dolor de su reino anterior, lastimado por la palabra inconveniente o apreciación injusta de su aplicación; mundo que llega a rebelarse frente a la incomprensión de sus sentimientos, desgarrando en la inutilidad de su protesta o esfuerzo, las fibras tensas de su ser, vibrantes en su sagrado misterio que guarda el hombre de mañana. Ese es el adolescente: un complejo de realidades que gira descentrado alrededor de los focos más potentes, obediendo a la ley inmutable, eterna, dominante.

Grave responsabilidad la nuestra, pero dulce halago, cuando

hemos podido en la exégesis de nuestra conciencia, responder acabadamente al imperativo que implica nuestra labor.

Alma primero, prácticamente permanente de los buenos y humanos sentimientos donde convergen las acciones superiores; vocación después, sentida vocación, capacidad y dedicación; atributos todos que amalgamados en sabia prudencia y discreta tolerancia proyectan en el altar del aula la luz creadora tendiente a despertar y a desarrallar en el adolescente sus aptitudes morales e intelectuales.

Es necesario crear la atmósfera de mutuo entendimiento en el aula. No es suficiente que el maestro ame a sus alumnos. Debe tenderse a un equilibrio rítmico, espontáneo y fácil. El niño debe amar también profundamente a su maestro; bajo la caricia sutil de la palabra docente, tocado de generosidad y de verdad, viene hacia él abierto el corazón para brindarle en la tibieza de su primavera juvenil, el cariño, la gratitud; alimento del alma para el alma, inmaculada envidia, fuego sagrado en cuya virtud nos acercamos a Dios, en el lenguaje lírico del verso; porque es poesía, magistral poesía, este apostolado cuando se cumple con sinceridad y con amor.

La formación de la juventud, del hombre de mañana, es la obra de amor más grande que el maestro realiza; y digo más, es la obra más grande que el hombre puede realizar. Responde, aparte de esa formación cultural, a exaltar los sublimes valores de una ética conformada dentro de los grandes principios de nuestra religión; para que, habitualmente, siempre, vibren en las almas, ya hombres, dentro de una representación real de su imagen y semejanza, indubitable concepción divina, en un infinito ascender, movido por una creadora inquietud de ser más de lo que se es, para honor y bien de ellos y de la humanidad.

Este principio que dejo enunciado, cabe en todas las conciencias bien dirigidas, porque expresa una aspiración que vive en lo hondo de la humanidad.

Es necesario ser grande frente al débil corazón del niño, con esa grandeza moral que llega con dulzura a estremecer su intimi-



dad sin perturbarla, creando la fácil comunicación entre los capitanes ritus orientada a activar la vida interior de su inteligencia.

Es necesario ser grande para dar plasticidad de hombre a la arcilla blanda del adolescente. Debemos presionarla suavemente, como cuando se acaricia algo que es delicado y sutil. Una presión inconveniente o excesiva, puede ser irreparable y quebrar para siempre aquella unidad que se nos entregó a nuestras manos. Aquella vida preciosa golpeará en todos nuestros días su dolor; y su dolor será el dolor de nuestra conciencia si hemos sabido percibirlo.

Sintamos la realidad de nuestra responsabilidad. Reeduquemos día a día nuestros sentimientos, en un afán de penetrar con profunda comprensión en el dominio sagrado del niño; sobre nuestras cabezas llegarán las azucenas —tal la vejez de Anacreonte— que la gratitud de los hombres que formamos habrán dejado caer para glorificar nuestros desvelos.

Y dos palabras más: El día de la Patria agita nuestro íntimo ser. Vuelve a nosotros remozada la sonora vibración de los clarines, y se estiliza en un pensamiento rico de evocaciones de trayectoria gloriosa de nuestra nacionalidad desde sus albores hasta nuestros días. He juntado mis manos en actitud mística; he apretado mi corazón, para ascender imbuido del religioso patriotismo, por la mística hermosa de nuestro himno, hacia el cielo silencioso que guarda el alma de nuestros próceres.

Estudiantes premiados: Recibís en este acto solemne, rodeados de vuestros maestros y de vuestros compañeros, el escudo que habéis ganado en el esfuerzo continuado y superior. El Colegio de Monserrat, escuela de la formación de la juventud, os dice que lleváis el honor de su prestigio y la honda oración de sus claustros centenarios. Vuestras vidas, en su acción, deben estar subordinadas al intrínseco sentido que encierra la medalla de oro que lleva el escudo de armas del insigne Fundador del Colegio, Dr. Ignacio Duarte y Quirós.

Prendedla al corazón y acercaos al alma del Fundador para recibir siempre su gracia infinita y la fuerza moral de su vida ejemplar.

Del profesor Dr. Raúl A. Orgaz

“Conocemos ya la atmósfera de días como éste, en los que profesores y alumnos añadimos, a la lección cotidiana de la fuente y del árbol, que nos hablan, en el patio familiar, del deber silenciosamente cumplido —los recuerdos de la antigua patria y las esperanzas en la patria de mañana. Nos reunimos de nuevo para purificar el alma con la emoción de las glorias comunes y para exaltar el pensamiento con la visión de una libre y pacífica comunidad de las inteligencias. Confluyen, en este día de julio, mensajes venidos desde puntos distintos de la historia, y con ellos decoramos y embellecemos el espíritu. Uno viene desde el fondo remoto de la Colonia, y nos habla de la fundación de Córdoba, el 6 de julio de 1573; otro viene también de la Colonia y nos honra con la fama del Colegio de Monserrat; el tercero, en fin, sale de Tucumán y nos conmueve con la evocación de la hazaña más grande del heroísmo cívico argentino. ¿Cómo no aprovechar esta conjunción para revivir desde Córdoba, y en el ambiente de esta Casa, el momento histórico de esa asamblea memorable?...

Desde sus orígenes, Córdoba aparece predestinada a ser la metrópoli del Tucumán. Se diría de ella que fué la capital del Perú argentino, la lugarteniente de Lima, convertida más tarde a la argentinidad. Fundada en “asiento sano e de buen temple donde existían” las cosas necesarias y bastante e suficientes que han de tener las ciudades que en nombre de Su Majestad se fundan, —como reza el acta— Córdoba desplazó muy pronto a su hermana mayor del Tucumán: mientras la ciudad de Cabrera crecía y se consolidaba, Santiago del Estero descaeció hasta ver trasladado su obispo a Córdoba y su gobernador a Salta; La Universidad y el Colegio de Monserrat aseguraron a Córdoba, definitivamente, el rango con que llega a los días de la Revolución. Y mientras Buenos Aires se enriquece con el contrabando, la explotación de plata peruana, la introducción de negros esclavos y la inmigración clandestina, Córdoba se engravece de doctrina con Santo Tomás y Suárez, con Solórzano y Bobadilla, o se deleita apaciblemente con fray Luis de Granada y Santa Teresa. Nuestro Colegio

señores profesores y alumnos (que es decir "nuestra Universidad") con su teología sutil, su latín imprescindible y su retórica magniloquente, creó en las aldeas coloniales esta cosa extraordinaria, raíz de toda civilización: el respeto colectivo por los valores de la diligencia. *Emanciparse de Lima* fué la consigna de los colonos; y así Buenos Aires se libera económicamente de la risueña y ostentosa capital del Rimac y llega a arrebatarle el cetro de la riqueza, Córdoba, se emancipa espiritualmente de Lima al tomar al San Marcos como modelo y ejemplo de su Universidad. ¿Cómo no ver prefigurada en este destino histórico de Córdoba, la actuación de sus hombres representativos durante los debates del Congreso de Tucumán?

Hay en las páginas escritas por un profesor jesuita de Córdoba, en alabanza del padre Muriel, rector que fué de este Colegio, una vigorosa alusión a la fama y prestigio de sus aulas a mediados del siglo XVIII. "Entre todos los Colegios de la América Meridional — se lee en la "Vida" de Muriel — destinados para la educación de la juventud secular, en virtud y letras, era aquél (el Real Colegio de Córdoba) el principal, sin controversia, así por el número de alumnos que lo componían (que en dicho año de 1557 pasaban de ochenta); cuanto porque conducían a la juventud desde las letras humanas por todo el curso de las ciencias superiores de filosofía, teología, moral — escolástica y canónica — y de sagrada escritura — y la imbuían "en la piedad y buenas costumbres". Remata su elogio el biógrafo de Muriel recordando que las aulas monserratenses estuvieron pobladas "no sólo de jóvenes de las provincias del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata, sino también de los remotísimos reinos de Chile y del Perú, donde había otros varios colegios para la juventud, enviándolos sus padres con tantos gastos a distancia de 400 y aun de 700 y más leguas, al Colegio de Monserrat, por la esperanza y por la experiencia del mejor logro de sus hijos". Esta irradiación intelectual del hogar que fundaron Trejo y Duarte justificará más tarde, la gravitación de Córdoba en el proceso de la reconstrucción de las instituciones; y la lucha no será entre la civilización y la barbarie, según la fórmula inmortalizada por el genio batallador de Sarmiento.

tre el centralismo de la oligarquía de Buenos Aires y el federalismo de las oligarquías del interior.

Córdoba aportó, en esa lucha, el peso de sus armas y el peso de sus infolios. Cuando el Congreso de Tucumán se reúne, en las condiciones más inquietantes para los destinos de la Revolución, la bandera de Belgrano no era aún el símbolo del abrazo fraternal de los argentinos, y es sabido que ella había sido arriada en Córdoba y reemplazada por la insignia de Artigas; pero ¿quién osará magnificar ahora ese episodio si no olvida que entonces los pueblos del antiguo virreinato merecían llamarse, como lo escribiría más tarde el padre Castañeda, “las Provincias Desunidas del Río de la Plata”? El caudillo uruguayo había dicho, tres años antes de la reunión de la Asamblea de Tucumán, algo que resume la posición de las Provincias frente a Buenos Aires: “La provincia Oriental no pelea por el restablecimiento de la tiranía en Buenos Aires”. Los doctores de Córdoba sintieron profundamente la verdad de esa definición, y Miguel Calixto del Corro, teólogo, humanista y político sagaz; José Antonio Cabrera, becado de este Colegio, licenciado en derecho civil y amigo íntimo del deán Funes; Eduardo Pérez Bulnes, también alumno de esta Casa, “prohombre de palabra amena e inteligencia despejada”, según la expresión de Mitre y Jerónimo Salguero de Cabrera, bachiller en derecho y ex-alumno del convictorio de Duarte, si fueron adversarios, a veces extremados, de la supremacía de Buenos Aires, no pensaron jamás comprometer la causa misma de la emancipación. Sólo que, al percibir los fusilazos que se cambiaban entre la banda oriental y la banda occidental, entre Montevideo y Buenos Aires, se acercaron a la primera para aflojar la tensión del centralismo de Alvear y de Pueyrredón.

Extraigamos de estos recuerdos, nimbados con la aureola de la veneración colectiva, una triple lección de heroísmo: Hubo heroísmo en la aventura, —que pagó Cabrera con la vida—, de ceder al sueño de comunicar directamente el Tucumán con la nueva metrópoli, mediante Córdoba de la Nueva Andalucía, remontando el Suquia hasta llegar al Plata; hubo heroísmo en la empresa de echar la semilla de las humanidades, mediante Colegios y Convictorios,

en la tierra áspera, dominada por la ley de la lanza y de la flecha, del país de los Comechingones; hubo heroísmo, en fin, en arrojar al mundo del absolutismo la declaración de la independencia, en aquella Asamblea de legistas y de teólogos, cuando apenas la estrella de San Martín brillaba sola en el cielo oscurecido y amenazante de la patria. El primero es el heroísmo del coraje; el segundo es el heroísmo del espíritu; el tercero es el heroísmo de la libertad.

El coraje es virtud nacional, heredada del gaucho y enraizada en la psicología del pueblo español. La hostilidad de la naturaleza y la hostilidad de los adversarios llevaron al gaucho hasta el arrojado temerario; y los fastos de la actuación de las milicias nacionales resplandecen con los alardes de valor personal, cuyos episodios —en la guerra de la Independencia y en las luchas de la Organización, semejan— mirados en conjunto, el zigzaguo brillante de una espada en acción. Purifiquemos ahora, en el templo de la argentinidad, el altar del coraje, disipando definitivamente los resentimientos y los odios que dejaron las viejas disidencias y aventando los antagonismos extraños a nuestra vida, que pretendan infiltrarse para alterar su profundo sentido de fraternidad.

Es hermoso el coraje cuando se exterioriza como el homenaje de la fuerza al ideal; pero no es menos bello el heroísmo humilde del que, en medio de la vocinglería de los intereses menudos y perecederos, levanta moradas para que el pensamiento se enfrente con los problemas eternos, los vengas y los desarme.

No hay perfecto patriotismo cuando al culto por las glorias de la Nación no se une el culto por las espléndidas conquistas del pensamiento y de la inspiración. Los sacrificios que demandaron la Independencia y el federalismo dispersaron los esfuerzos por la cultura y torcieron las vocaciones; y el ejemplo de Manuel Belgrano, nacido —antes que para comandar ejércitos— para saborear a los clásicos y para cultivar el derecho y la economía política, o el destino de Bartolomé Mitre, arrancando, por las imposiciones del deber, a los goces tranquilos del estudio, son suficientes para mostrar la grandeza moral de los que, empuñando con una mano la es-

...pada, sostuvieron con la otra la antorcha que alumbraba, con luz imperecedera, la marcha de la humanidad y de las naciones.

¿Qué decir ahora del heroísmo de la libertad, que triunfa en Tucumán de las amenazas de los adversarios, de las conjuraciones de los gabinetes, de los desfallecimientos de los partidarios, de la desorientación de los jefes, de las desavenencias de las Provincias?... Si el 25 de Mayo significó el triunfo del instinto de la libertad, el 9 de Julio significó el triunfo de la conciencia de la libertad; para que ese instinto y esa conciencia llegasen a cristalizar en institución, debían pasar muchos años. La Constitución Nacional, es, en efecto, la libertad organizada, esto es, la libertad hecha institución. No olvidemos que si filosóficamente la libertad consiste en el poder de auto-disciplina que nos permite remover todo lo que obstaculiza la plena adaptación del ser a la norma, socialmente la libertad se exterioriza en las libertades, en la suma de condiciones necesarias para que la personalidad se desenvuelva armoniosamente. La independencia sancionada por los diputados de 1816, fué el primer trámite para lograr que tales libertades pudiesen existir en la nueva nacionalidad. Y la síntesis de ese acto de valor cívico bien pudiéramos hallarla en el lema que el alma pura de fray Cayetano Rodríguez incorporó a las páginas del *Redactor* de la Asamblea para marcar, con el latín de elegante concisión, el contraste entre la Colonia del absolutismo y el pueblo de la libertad: "Transcurrieron estériles los años; éste es mi primer día, éste es el límite de mi vida".

El valor, la sabiduría, la libertad: he aquí, jóvenes del Colegio, el tríptico de una imagen auténtica de la Patria. No olvidéis que la patria no es categoría inmóvil, sino realidad funcional y viviente. En cada etapa del desarrollo histórico de un pueblo hay, por eso, más patria que antes, o menos patria que antes, según se intensifique o se debilite la representación de los ideales en nombre de los cuales la nacionalidad fué creada. La patria, es, sin duda, conforme al sentido literal del vocablo, la "tierra de los padres"; pero, es, sobre todo la herencia espiritual de los padres, aceptada, acrisolada y engrandecida por la obra de los hijos; y la fidelidad a esa herencia, a través de las necesarias mutaciones im-

puestas por las variables condiciones del desenvolvimiento social, define el vigor de la solidaridad nacional. Por eso, si las guerras civiles fueron una calamidad en la evolución histórica de la Nación, no habría infortunio comparable a esa guerra civil sin batallas que significaría la violenta ruptura de las presente generaciones con la obra de las generaciones que constituyeron penosamente la República, a través de sacrificios y luchas imponentes.

La patria no está solamente en la bandera y en el escudo, en la obra de los estadistas, en las canciones de los poetas, en las leyes de los jurisperitos, en las doctrinas de los maestros, en la filantropía de los benefactores, en la lealtad y valor de los soldados: está, además, en la viva conciencia de los comunes infortunios y de las glorias y esperanzas solidarias. Son las nuevas generaciones las que deben renovar, por el propio esfuerzo, el sentimiento de la unidad espiritual de la Nación, y la impulsión ha de venir de ellas y no del exterior; de dentro del alma y no de fuera. Una generación que olvide la potencia creadora del individuo y que se aduerma a la sombra gigantesca de la máquina del Estado, en vez de ensanchar y avivar la llama del hogar de los padres, se contentará con la tarea —nada gloriosa— de remover las cenizas que ella deja caer. En estos tiempos en que sentimos que nos oprime el peso de la técnica —mecanismo de diabólica grandeza— no caigamos en la tentación de esclavizarnos a la mecánica del Estado, pues como reza la palabra evangélica, “el sábado por causa del hombre es hecho, no el hombre por causa del sábado”.

Los laureles de Minerva son también los laureles de la patria. El cultivo de las humanidades —esencia de la concepción a que responde nuestro Colegio, es hoy como antes, fuente de fortaleza moral y dique contra los desbordes del instinto de poderío. La energía y la concisión de Tácito —cuyo famoso *sine ira et studio* hace siempre como síntesis de la ecuanimidad—; la armonía apacible y serena de Virgilio y el enfático moralismo de Juvenal, no pasan por el alma del adolescente sin impregnarla de un sentido moral de la personalidad humana, incompatible con la adoración del Estado y con la intransigencia febril del imperialismo, racial o nacional. La antigüedad grecorromana tuvo el culto de la palabra,

y la importancia misma concebida a la oratoria, revela que los alardes de la dialéctica y las maravillas del arte de persuadir, fueron puestos por encima de las imposiciones brutales de la fuerza.

Celebramos también el éxito de los alumnos que hoy reciben — por su inteligente dedicación al estudio — la alabanza de sus maestros y el parabién de sus compañeros. Ellos han penetrado aun en la modestia de sus afanes de colegiales — la verdad traducida en el yámbico de Séneca: *Non est ad astra mollis e terris via*: (“ningún camino fácil conduce a los astros”); y el ejemplo de este triunfo suena para la masa estudiantil, como alegre clarinada en mañana de primavera. Un encanto misterioso envuelve a ceremonias como la presente, en las que las fuerzas primordiales de la adolescencia — el entusiasmo, la generosidad y el optimismo — fraternizan con las nobles expresiones del intelecto. Vivid intensamente, jóvenes laureados, esta hora de felicidad, pues más tarde cuando sintáis, en el correr de los años, que un pálido sol sucede a los días radiantes, la emoción de este acto refrescará vuestras frentes cansadas, y el atardecer de vuestras vidas se poblará con los rumores amistosos de esta fiesta.

Bien está, señores, que concluyamos saludando al viejo humanismo, en donde Mariano Moreno encontró el lema inmortal de *La Gaceta*, y que ha dado días de esplendor a la humanidad. Bien está, que escuchando el mensaje que de ese humanismo nos viene, nos adentramos un instante, en el pasado intelectual de nuestro Colegio.

En los archivos universitarios se guarda el texto del discurso u oración pronunciado, hace cerca de dos siglos y medio (exactamente, en 1700) por un maestro de Córdoba, y dirigido a la juventud de las aulas de teología y de artes, “a aquéllos — dice el autor — que son principiantes en las ciencias, a aquéllos que han empezado ya a consagrar las primicias de sus años en el templo de Minerva”. La docta oración está como saturada del suave candor moralizante de las fábulas, pues gira alrededor de la sentencia en que Salomón aconseja a los jóvenes que se inspiren en el ejemplo de la hormiga, en su tenacidad y en su diligencia, en su humildad

y en su previsión. Permitidme unir la sugestión que brota de este ejemplo de sencillez encantadora, extraído de un arcaico texto, que suena para nosotros con el acento melancólico de una antigua canción, el célebre mito de Psiquis, —divulgado hoy por uno de los libros de Frazer: Expulsada por el Amor, perseguida por el odio de Venus. Psiquis es condenada, entre otras penalidades, a separar, incansablemente, semillas y granos; felizmente, las hormigas auxilian a Psiquis en esta tarea abrumadora. Psiquis es la humanidad, forzada a separar, incesantemente, las semillas del bien, de las semillas del mal. Preparaos, jóvenes colegiales, para colaborar, con un corazón puro y con una inteligencia adiestrada, en la tarea inmortal de Psiquis”.

Del estudiante Pedro J. Frías

Después de la aplaudida conferencia del profesor Dr. Raúl A. Orgaz se puso de pie el ex alumno del Colegio, estudiante Pedro José Frías a quien se le había discernido el Premio Duarte Quirós, circunstancia que motivó que la concurrencia le tributara una calorosa ovación.

El alumno premiado pronunció el siguiente discurso con el que se dió por terminado el brillante acto conmemorativo.

“Al agradecer, en nombre de mi ex-condiscípulo Néstor Núñez, y en el mío propio, el Premio Duarte Quirós, deseo expresar, con toda sinceridad, más que el sentido que al mismo corresponde según el propósito de sus fundadores, o el de quienes lo disciernen, las sugestiones que evoca en nuestro espíritu juvenil.

Alumno de la casa de Trejo, en su ilustre Facultad de Derecho, el nuevo vínculo universitario acentúa y ennoblece el afecto que supo inspirarnos el colegio de Monserrat, desde nuestro primer contacto con sus muros centenarios. Es que ambos institutos, unidos por su radiación en un común solar, no son sino la auténtica expresión del espíritu tradicional de Córdoba, que auna armoniosamente, sobre el fondo hispánico ancestral, ideales de cultura y de fé. Y por su fidelidad a ese espíritu, los estudios en el Monse-

rrat, informados por un sano humanismo, han superado las fórmulas de la erudición enciclopédica, para dar a nuestro Colegio un sitio de honor en la formación de la juventud argentina, sustrayéndolo a la crisis moral e ideológica en que se debaten tantos institutos de cultura en nuestro país y en el mundo entero.

La conciencia de lo que significó el Monserrat en la historia nacional y de lo que puede esperarse de su resurgimiento, que tan felizmente se puso de manifiesto al celebrarse su primer cuarto de milenio, me permite referir estas consideraciones a la aspiración común, que es el bien de la Patria.

Fiestas como la presente, en el Monserrat, nunca se redujeron a mera exteriorización. Ni profesores ni alumnos pueden sustraerse al encanto que fluye de su vieja fábrica silenciosa, o que anida en las arcadas de sus claustros seculares. En sus aulas, más de un siglo antes de que la Patria se concretara en realidad magnífica, varones graves impartían su enseñanza y ya se gestaba el alma colectiva que había de dar en el porvenir óptimos frutos. Cien años después, por estos mismos corredores, nuestros antepasados soñaron con la grandeza de la Patria naciente y meditaron en las formas políticas adaptables a la vida de la Provincia o de la Nación. Y así, durante los doscientos cincuenta años que constituyen nuestra gloriosa ejecutoria. Por eso el patriotismo encontró siempre en los alumnos de nuestro Colegio fieles intérpretes, y en más de una ocasión los doctores de Córdoba no se limitaron a trasuntar en libros o leyes, el tesoro de cultura recibido en las aulas nutricias, sino que sellaron con tributo de sangre su culto por la independencia y el honor.

Quisiera que la vocación de Duarte, predicador del Evangelio y de la cultura, la de los alumnos del Monserrat que organizaron la Nación, y de vosotros mismos, señor Rector, y señores profesores, los que ejercitáis con generosidad y honradez el mandato de educarnos en "virtud y letras", fortificasen en nuestra voluntad el propósito inquebrantable de hacer de nuestros estudios una primera forma de servir a la Patria.

Si el colegio ha de ser justo y consecuente con los designios de su fundador —y todo demuestra que hay voluntad para que así

sea, es menester recordar que no guiaba a Duarte la especulación pragmática del moderno profesionalismo, sino la más elevada de educar, en el sentido total de la palabra, que implica, paralelamente al desarrollo de la inteligencia, el de la voluntad: esa energía que pone en juego a todo el individuo en la consecución del ideal vislumbrado por la inteligencia, y que termina por constituir la personalidad de contornos precisos: troquel admirable del ciudadano de una sólo pieza, único capaz de marcar sus derroteros a la Patria.

El ideal de la escuela secundaria, y el de nuestro Colegio en particular, es, pues, la formación del hombre de carácter. Tarea imposible, si, con ausencia de lógica, no damos en la educación de la voluntad el lugar que corresponde a la formación moral, y muy especialmente a los principios religiosos, ya que sin estos toda experiencia prueba que el hombre se halla sin defensa ante el empuje de las pasiones, por lo cual la poética lamentación de Horacio tiene siempre trágica actualidad.

“Comprendo lo bueno y lo apruebo y con todo sigo lo peor”, Tal es el panorama que se nos ofrece a menudo: inteligencias brillantemente cultivadas, pero de voluntad anémica, atacada en sus raíces por vicios que las roen hasta dar en tierra con las esperanzas más halagüeñas, lo cual explica la claudicación desconcertante de tantos valores promisorios.

Es que no puede darse al olvido, en nuestra educación, el lema glorioso que presidió la fundación de Duarte: Virtud y Ciencia.

Virtud, que es como decir virilidad, renunciamiento de sí mismo, abnegación, generosa preocupación por el bien del prójimo, lo cual no es posible si no alienta nuestra vida un ideal ultraterreno.

Ciencia, es decir, visión exacta de la realidad que se vive día a día enriquecida por la filosofía perenne, capaz de marcar sin vacilación a las energías de la voluntad, el derrotero luminoso que nos lleve al fin sobrenatural que es nuestro destino.

Ante el ideal de educación integral de la juventud que propuso el fundador, llevado a término por tantas generaciones de

maestros, el deber de los alumnos no puede limitarse a la mera adquisición de conocimientos indispensables para la formación profesional, sino que deben disponer su espíritu para una colaboración realmente activa en el gran propósito de ennoblecer la vida juvenil al paso por estas aulas, con la práctica del bien y la disciplina del carácter. Aquello importa mutilar sin compensaciones la propia personalidad. Esto, perfeccionaría por el armónico desarrollo de todas las facultades, puesto que no aprendemos para la clase sino para la vida.

Esa colaboración activa requiere, además, entusiasmo y lealtad, ya que es a veces empresa heroica la de vivir con dignidad los años de estudiante, preparándose así a servir con eficiencia los intereses de nuestra Patria, que hoy más que nunca necesita de la contribución inteligente de sus buenos hijos, para impregnar de un sano nacionalismo sus instituciones políticas, su economía y su vida intelectual.

Señores: Sé que la sabiduría del hombre es, en último término, afirmarse como imagen y semejanza de Dios. No hay manera de formular un ideal más elevado, más acorde con la dignidad de nuestra condición humana, más capaz de estimular las energías del alma juvenil, más apto para sostenernos en las dificultades y trabajos de la existencia. Que yo pueda sentir lo que ahora expreso, es un motivo más de gratitud hacia los maestros que tanto han influido en mi formación espiritual. Que pueda afirmarla, en ocasión tan solemne, es prueba de que la Casa de Duarte sigue fiel a sus grandes destinos. Permitidnos, pues, que al recibir el premio acordado, aceptemos el compromiso de honor que significa. Se nos ha señalado una ruta. Quiera Dios que no desmaye nuestro esfuerzo para servir con lealtad los ideales que representa. Y que todo sea para lustre y gloria de esta Casa de Duarte.

HOMENAJE A LEOPOLDO LUGONES

Bajo los auspicios del rectorado del Colegio Nacional de Monserrat tuvo lugar en la tarde del 10 de Agosto un homenaje inte-

lectual a la memoria de Leopoldo Lugones, ex-alumno ilustre de dicho instituto.

Presidió el acto el Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán y asistieron, entre otras autoridades universitarias, el decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales doctor Enrique Martínez Paz, el rector del Colegio, Ing. Rafael Bonnet, miembros del cuerpo directivo y docente y una gran cantidad de alumnos.

Después de unos expresivos conceptos del rector del Colegio, sobre la inauguración de estos actos culturales, pronunció una aplaudida conferencia sobre el gran escritor desaparecido, el profesor doctor Jorge A. Núñez.

El estudio del profesor Núñez fué ampliamente celebrado por la versación que evidenció poseer sobre la vida de Leopoldo Lugones.

CONFERENCIAS DEL PROFESOR DUMAS

Bajo los auspicios del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, llegó a Córdoba el profesor de la Facultad de Medicina de París, Dr. Pierre Dumas. En la tarde del 25 de agosto, y bajo la presidencia del señor Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán, dió la primera de sus dos conferencias. Después de ser presentado por el director del Instituto de Filosofía, profesor Emilio Gouiran el profesor Dumas habló sobre "El mecanismo de Descartes y la expresión de las emociones".

En la tarde del 26 disertó sobre "La psicosis y lo real". En el Hospital de Clínicas dictó en la mañana de los días 26 y 27 dos conferencias sobre: "L'intoxication et sensibilisation autogene" y "Les maladies chirurgicales a hyperpolytepdimie".

EL ING. JUSTINIANO L. TORRES

Tras una larga dolencia dejó de existir en la mañana del 25 de agosto, el ingeniero D. Justiniano L. Torres, ex-vicerrector del

Colegio Nacional de Monserrat y del Colegio Nacional de Córdoba.

El extinto, que había desarrollado una fecunda labor en la enseñanza pública de nuestra capital, se había acogido hace poco tiempo a los beneficios de la jubilación rodeado de una señalada adhesión de sus ex-alumnos, colegas y autoridades.

Con motivo del fallecimiento del Ingeniero Torres, el señor Rector de la Universidad dictó un decreto por el cual adhería el Instituto de Trejo al duelo del Colegio Nacional. Por su parte el rector del Colegio suscribió otro decreto disponiendo la adhesión de dicho colegio al homenaje al extinto ex vicerrector y profesor. Para tal fin se nombró una comisión integrada por profesores del Colegio para que velaran el cadáver y se designó al doctor Francisco W. Torres para hablar en el acto del sepelio.

Las exequias del Ing. Torres fueron muy concurridas y en ellas se puso de manifiesto el hondo pesar causado por su fallecimiento.

HOMENAJE A SARMIENTO

Concordante con el homenaje nacional tributado a la memoria de Domingo Faustino Sarmiento, el señor Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán, por decreto adhirió a la Universidad al homenaje que las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales habían proyectado.

El acto universitario

En la tarde del 9 de septiembre tuvo lugar en el Salón de Grados de la Universidad un brillante acto académico con asistencia de las altas autoridades del Estado, cuerpos universitarios, delegaciones de los centros de cultura y una gran cantidad de público que colmaba el salón.

Presidió el acto el señor Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán y en nombre de la Facultad de Derecho usó

de la palabra el profesor Dr. Carlos R. Melo; en el de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el Ing. D. Fernando Sánchez Sarmiento.

Los oradores que estudiaron la personalidad vigorosa de Sarmiento, produjeron muy aplaudidas piezas literarias, rindiéndose con ello el homenaje universitario al gran estadista.

En el Colegio Nacional de Monserrat

En la mañana del 10 de septiembre tuvo lugar en el Colegio Nacional de Monserrat el acto de homenaje a Sarmiento que este instituto había preparado. Una gran concurrencia colmaba el gran salón del Colegio, escuchó la brillante disertación que el ex-profesor del mismo, doctor Henoch D. Aguiar dió en tal circunstancia. La brillante celebración se inició con el canto del Himno Nacional coreado por toda la concurrencia, a continuación del cual el rector Ing. Bonet usó de la palabra para señalar la significación del homenaje.

El doctor Aguiar habló sobre "La acción de la infancia y juventud de Sarmiento".

75° ANIVERSARIO DE LA JUSTICIA FEDERAL

Celebrando el 75° aniversario de la Justicia Federal tuvo lugar en el salón de grados de la Universidad, un lucido acto académico en la tarde del 14 de septiembre.

Presidido por las altas autoridades de la Universidad y con asistencia de las representaciones del Estado, pronunció una conferencia sobre el significado del aniversario, el profesor en la Facultad de Derecho doctor Estanislao D. Berrotarán sobre 75 años de Justicia Federal. El doctor Berrotarán fué muy aplaudido por la numerosa concurrencia que asistió al acto.

EL PROFESOR DARMOIS

En el salón de grados de la Universidad tuvieron lugar en la tarde de los días 26 y 27 de septiembre las conferencias que el profesor en la Universidad de París M. Eugene Darmois dictó en Córdoba.

En la primera fué saludado en nombre de la Universidad, por el profesor Dr. Edwin Rothlin, ocupando luego la cátedra el profesor Darmois para hablar sobre: "Alquimia antigua y moderna. Evolución de la noción Elemento", y en la segunda sobre "Lo que piensa la geofísica moderna de la vida en la tierra".

EL PROFESOR WIGGERS

El 11 de octubre pronunció en el Hospital de Clínicas una conferencia el profesor de la Universidad de Cleveland (Estados Unidos), Dr. Carlos J. Wiggers. Su tema fué: "Interrelaciones entre la fisiología y la medicina".

VI CONGRESO NACIONAL DE MEDICINA

Desde el 16 al 21 de octubre tuvo lugar en esta capital el desarrollo de las sesiones del VI Congreso Nacional de Medicina, brillante y valioso certamen del que participaron las más altas autoridades médicas del país y enviados especiales de las Universidades extranjeras.

Las sesiones del Congreso tuvieron la virtud de acercar a las mismas a una crecida concurrencia de profesores y profesionales venidos de todo el país. El acto inaugural fué presidido por el señor Ministro de Instrucción Uública, Dr. Jorge E. Coll.

Las actas del Congreso serán publicadas en 1939.

En la Universidad

En la tarde del 20 de octubre y como adhesión de la Universidad a la celebración del VI Congreso Nacional de Medicina tuvo lugar en el salón de grados un brillante acto académico del que participaron las altas autoridades del Estado, universitarias y delegaciones al Congreso.

Usaron de la palabra el señor Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán, el profesor Dr. Bernardo Houssay por las delegaciones argentinas y el profesor Carlos J. Wiggers por las delegaciones extranjeras.

Las brillantes piezas oratorias de los citados profesores fueron calurosamente aplaudidas.

EL PROFESOR FILADELFO DE AZEVEDO

Fué huésped de esta Universidad el doctor Filadelfo de Azevedo, miembro de la Universidad de Río de Janeiro y Presidente del Instituto de la Orden de los Abogados del Brasil.

Atendido por los miembros del Instituto de Derecho Civil de la Universidad dió en el salón de sus sesiones una brillante conferencia sobre problemas jurídicos de la hora, siendo saludado con elogiosos discursos por los profesores Dres. Víctor N. Romero del Prado y Ernesto Cordeiro Alvarez.

EL DR. HERNANDEZ PORTELA

Con motivo de la iniciación de las sesiones de la Conferencia Panamericana de Lima vino a esta ciudad el señor embajador de la República de Cuba, D. Ramiro Hernandez Portela.

En la Universidad habló sobre "La Conferencia Panamericana de Lima", disertación que fué muy aplaudida.

El profesor de sociología en nuestra Universidad, doctor Raúl A. Orgaz lo presentó con las siguientes palabras:

Señor Rector: Señor Decano: Señoras y señores:

Cuando pronunciamos el nombre de "Cuba", la lejania, de la leyenda y la exaltación de la metáfora poética hacen aflorar todavía, en nuestros espíritus, paisajes maravillosos, que la imaginación adorna con los esplendores del trópico y con la alucinación de los primeros descubridores de las tierras de Caribe pero cuando hablamos de la República de Cuba, saludamos con entusiasmo reflexivo a la que, con Panamá, es la más joven de las naciones americanas, advenida, hacen treinta y seis años, a la vida soberana de la comunidad internacional. En el heroísmo de su campaña por la independencia, en los altibajos y vicisitudes de su organización constitucional, en las alternativas de su lucha por la cultura y en la visión humanitaria y generosa de sus estadistas, el pueblo cubano revela la indestructible afinidad que lo une, solidariamente, con sus hermanos latinoamericanos. La energía con que intenta redimir el pesado gravamen de las tradiciones coloniales, es un ejemplo y una esperanza.

Apenas nacida a la vida independiente, Cuba necesitó organizar su servicio diplomático, y en esta tarea contó con el concurso de los miembros representativos de las nuevas generaciones. Incorporó así, en 1908, al prestigioso huésped cuya presentación me cabe el honor de hacer, don Ramiro Hernández Portela. Agregado a la legación en Madrid, ascendió en seguida a secretario en la legación de Bélgica y más tarde en la de Roma. Sucesivamente consejero de legación en Bruselas, en París y en Berlín, tuvo la delicada misión de encargado de negocios en Bruselas durante la ocupación alemana de comienzos de la guerra. Ha llegado, finalmente, al alto cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la República Argentina. Durante varios años, además, representó a Cuba como delegado a la Sociedad de las Naciones, y ha formado parte de la Conferencia de Consolidación de la Paz reunida hace poco tiempo en

Buenos Aires. Los treinta años de actuación diplomática del señor Hernández Portela, coinciden casi —para honor de su nombre— con los treinta y seis años de vida independiente de su patria.

La autorizada palabra de nuestro huésped ha querido traernos, el día mismo de la iniciación de la Conferencia de Lima, una visión del panamericanismo, tal como lo enfocan los estadistas de las Antillas. Esa visión es del mayor interés para los argentinos, que vivimos lejos del calor de la fragua donde el coloso del Missisipí forja incansablemente las armas de su imperio. Desde las primeras conferencias pan-americanas: las de Wáshington en 1889 y la de Méjico en 1902, pasando por la de Río Janeiro, a la que se incorporó ya la República de Cuba, la gran democracia del Norte ha orientado decisivamente la acción de los Estados americanos en el sentido de solucionar los problemas comunes, de índole económica y cultural, que los preocupan. Sin dejar de reconocer la labor que cumplen los gobiernos, el señor Hernández Portela parece sentir predilección por la obra libre de la iniciativa particular, y aspira a una asociación internacional de escritores y artistas americanos, verdadera conciencia continental llamada a equilibrar el influjo de las soluciones rígidamente jurídicas que para aquellos problemas se propongan. La gravedad de los momentos actuales de la civilización, cuando Europa parece justificar plenamente las sombrías profecías de Spengler, torna más delicada la posición de las repúblicas latino-americanas frente a la lógica primacía de los Estados Unidos. Es de anhelar que las palabras que vamos a escuchar del experimentado diplomático cubano contribuyan a crear entre nosotros una atmósfera de confianza y de reflexivo optimismo hacia las conclusiones a que arribe la conferencia de Lima.

Presentamos al distinguido huésped la expresión de la cordialidad y del alto aprecio con que lo acoge la Universidad de Córdoba, antecesora, en más de un siglo, de la ilustre Universidad de la Habana. Si admiramos el empuje creador de un José Martí, la hondura y serenidad del pensamiento de un Enrique José Varona, la austeridad ejemplar de un gobernante como Es-

trada Palma y la brillantez de la pléyade de poetas contemporáneos de Cuba, no somos indiferentes a la experiencia y sagacidad de los internacionalistas de la joven república, como Cosme de la Torriente o Sánchez de Bustamante. A este ambiente de cultura pertenece, por su formación y por su actuación, el señor Hernández Portela, a quien cedemos —sin más demora— la tribuna de esta Casa.